ERNESTO BRIATA, PBRO. S.

LA HORA ACTUAL

CRISIS Y PROBLEMAS

SOLUCION RELIGIOSA



TIP. S QUIROZ
GENERAL MORAN 108—AREQUIPÁ
— 1934 —

ERNESTO BRIATA, PBRO. S.

LA HORA ACTUAL

CRISIS Y PROBLEMAS

SOLUCION RELIGIOSA



TIP. S. QUIROZ
GENERAL MORAN 108—AREQUIPÁ
— 1934 —

Ofrecimiento

El autor dedica, complacido, esta obrilla de propaganda católica popular, a los buenos amigos y beneméritos cooperadores de la Obra Salesiana, de Arequipa, con motivo de la glorificación de San Juan Bosco, quien más que ninguno ha contribuído, por medio de sus Instituciones de caridad y apostolado educativo, a suavizar la crisis presente y a resolver los agudos problemas de *la hora actual*, por donde mereció bien de la Religión y la Patria, las cuales supieron manifestarse sumamente agradecidas con él, celebrando su apoteosis cristiana con fiestas estupendas.

Arequipa, 24 de Junio de 1934.



Palabras de introducción

Al estampar esta frases: *La Hora Actual*, no nos referimos a la hora actual *política*, a buen seguro turbia como nunca; ni a la hora *económica*, angustiosa cual ninguna; ni tampoco a la hora *social*, propiamente dicha y de suyo tan alarmante e impregnada de gravísimos problemas. En este nuevo opúsculo de propaganda, no nos queremos referir, directamente, a ninguno de estos tópicos por otra parte de grande actualidad como importantísimos, entendemos, sí, hablar de la triste y dolorosa hora actual *religioso moral*, que debería preocupar a todo el mundo; y sin embargo, hay muchos, muchísimos de entre los mismos católicos, que se despreocupan de ella, como de cosa de ningún valor, y se familiarizan ciegamente con la lastimosa situación que nos aqueja y que arranca amargos suspiros a las almas generosas y hombres de bien.

Para colmo de males, en los tristes días que al-

canzamos, abundan personas que traen un criterio falso y una conciencia estragada por donde juzgan contra el infalible sentir de la Iglesia Católica y obran contra los sanos dictámenes de la moral de Cristo.

¿Quién no lo ve? Tenemos de ello una prueba muy elocuente por cierto, en el actual ambiente peruano, con motivo de la sorpresiva promulgación de la ley sobre divorcio absoluto, capaz de llenar de indignación a cuantos peruanos sientan bullir en su alma y agitarse en su corazón la fe de sus padres y las gloriosas tradiciones de su historia genuinamente católica.

La tan debatida cuestión no podía tener un epílogo más desastroso; el país fué engañado cruelmente y todo el Perú debe soportar el yugo ignominioso de una ley que pone, oh vergüenza! a la patria de Santa Rosa al mismo nivel de la tierra desgraciada de Lenin...

Ha triunfado la fuerza sobre la justicia, el error sobre la moral católica, una mezquina minoría sobre la casi totalidad de la opinión pública... En dónde habráse visto cosa más insoportable!

Nuestros flamantes legisladores, de un solo y terrible empellón, han colocado al Perú muy cerca de los que gritan furibundos, allende el Volga: Sin Dios y contra Dios, porque pisoteando los preceptos de Cristo se llega al desconocimiento de Dios.

Valiente hazaña que asesta un golpe mortal a la familia cristiana que es la célula de la sociedad, minada la cual y socavada en sus cimientos, se viene abajo necesariamente el magnífico edificio de la patria y la Iglesia peruanas.

Algunas aclaraciones

El matrimoio indisoluble conserva firme la trabazón de la familia y el matrimonio soluble o el divorcio trae la descomposición del hogar y, por fatal consecuencia, la disolución de la sociedad y la patria.

El divorcio ha sido funestísimo para la grandeza de las naciones y el matrimonio cristiano, por su inquebrantable indisolubilidad, constituye la fuerza de los pueblos...Bastaría hacer un simple paralelo entre Francia, con la plaga del divorcio, e Italia, con la santidad del matrimonio. La primera se está despoblando y la segunda se va fortificando más y más y arroja anualmente un aumento neto de cuatro cientos mil individuos.

Los buenos peruanos deben salir de su sorpresa, deben reaccionar poderosamente...Es necesario levantarse como un solo hombre y valerse de cuantos medios brinde el celo religioso y el amor de patria para recuperar los derechos perdidos y los fueros conculcados. No hay que dormirse.

Lo peor del caso es que no pocos de los mismos católicos (que por lo visto lo son de nombre y nada más) no se inmutan siquiera y se mantienen en su criminal indiferencia. Nada, absolutamente nada, han hecho para conjurar la tempestad y ahora no quieren molestarse a fin de remediar el mal causado por los enemigos de la familia católica. Cuán amargos habrán de ser los frutos de tanta y tan criminal desidía!

Antes de la era actual, en Italia, a pesar de haberse sucedido, en el poder, gobiernos malos y has-

ta pésimos, nunca pudo pasar la ley del divorcio, porque en cada intentona se levantó siempre el país unánimemente para protestar, presentando un frente único y los legisladores con todo y ser en su mayoría poco o nada afectos a las leyes de la Iglesia, se vieron precisados a respetar los sagrados derechos de la mayoría del país, que por ningún motivo se dejó imponer el ominoso yugo del divorcio bajo ninguna de sus formas. En la actualidad el régimen imperante, por su estrecha armonía con la Iglesia, reconoce en el matrimonio eclesiástico los efectos civiles y los matrimonios celebrados por los párrocos son registrados en los libros del archivo del estado. Así y solamente así se hace patria y no de otro modo, pues ella encuentra su estabilidad en los principios eternos de la fe católica.

Cuando de las leyes es desterrado el respeto debido a la religión de Cristo, el patriotismo no es más que un mito y los que gritan: patria, patria, no son más que viles embusteros y embaucadores de las masas.

Pues la religión cobija la verdad y sin verdad no hay nada bueno.

Luces y sombras

Si con ojo avizor contemplamos la *hora actual*, inmediatamente quedaremos sorprendidos por una extraña paradoja y por una no menos mortificante contradicción. El carro social avanza, sigue avanzando in descanso, mas en medio de las mayores trepidasciones y fuertes sacudidas, como si estuviese des-

quisiado y llevase las ruedas mal puestas en el eje. Las apariencias no corresponden a la realidad y, bajo una capa vistosa de civilización y grandeza, se oculta una decadencia grande y un completo derrumbamiento de principios a la par que una espantosa disolución de costumbres, que hacen tristísima la hora presente y temible el porvenir.

Ciertamente este siglo, que es el nuestro, tiene méritos; le vemos coronado de guirnaldas, llevando palmas en las manos y a sus pies innumerables trofeos. La ciencia ha dado cima a obras gigantescas, ha acumulado descubrimientos sobre descubrimientos, ha pasado de maravillas en maravillas.

Nuestro siglo, al patrimonio del pasado, al cual debemos la máquina de vapor, la fotografía, el telégrafo y el teléfono, los puentes ciclópicos y los túneles asombrosos, ha agregado el cinema, la telegrafía sin hilos y, lo que es más formidable y capaz de aterrarnos, la aviación que permite al hombre volar sin alas de uno a otro país y de continente a continente, con la majestad y rapidez del águila real o del cóndor andino.

En el campo moral, nuestro siglo, ha suavizado las costumbres y disipado la mayor de prejuicios; por él ha sido reconocida y exaltada la dignidad del trabajo; la ociosidad fué estigmatizada y la miseria socorrida; el obrero mejorado en su condición y el hijo de la gleba prestigiado, pues hoy valen más los méritos personales que los viejos blasones, más la aristocracia del trabajo y talento que la de la sangre.

Sin embargo, si rasgamos este velo de tan hermosas apariencias y rompemos esta débil capa de bar-

niz encontraremos, desgraciadamente, los síntomas reveladores de una profunda disolución. la ruina y la podredumbre del cuerpo social, por fuera adornado de encantadoras bellezas. Miles de elementos, encontrados y discrepantes, se agitan furiosamente en lo más íntimo de la sociedad moderna. El mundo se atrofia y muere por falta de fe y amor. La anarquìa doctrinal llena de confusión las inteligencias y envenena los corazones. Se habla mucho de paz, se reúnen congresos y asambleas y se discute acaloradamente de ella. y la paz no existe entre las naciones, las cuales se miran de reojo. Se predica la fraternidad en medio de los partidos y éstos se odian cordialmente. Por todas partes resuena la mágica palabra libertad y solamente existe para los malos con detrimento de los buenos. Las convicciones se derrumban, el carácter se debilita y los grandes y verdaderos ideales se han eclipsado con perjuicio de la religión y la patria. Reina la codicia e impera la sensualidad. Se compra la opiniòn pública y se trafica con la conciencia y no se hace distinción alguna entre religión y religión, considerando la católica igual a las otras ...

Otras sombras negras

La fe y la razón más que dos banderas, llamadas a entenderse y a fundirse en una sola cosa admirable, se destrozan mutuamente porque una ciencia orgullosa y menguada se esfuerza por abatir y destruir totalmente las más sagradas y queridas creen-

cias del pueblo bueno y cristiano. Se pregonan los valores materiales, de suyo tan efímeros y se vilipendia los valores espirituales que son los únicos estables y de verdadero provecho.

Y mientras tanto los estados se estremecen y los pueblos se agitan febrilmente. Las instituciones públicas tenidas en poco, cuando no son objeto de desconfianza, de escepticismo y de ataque. Los atentados, los saqueos, los crímenes más horrorosos están a la orden del día. Las bombas revientan en todas partes y llevan la desolación y la muerte... Los desechos y escoria de la sociedad tratan de imponerse, de prevalecer y medrar...con una insolencia inaudita y con un furor nunca visto.

¿En dónde estamos y a dónde vamos? ..Ah! Nosotros asistimos a un gran momento histórico, nos hallamos en el punto álgido de la situación actual, en una nueva era de la existencia de la humanidad. La guerra mundial ha puesto el broche a una época que ha trasmontado y ha abierto el libro de una época que comienza. Así como se ha modificado el mapa político se ha alterado la psicología del mundo también. El liberalismo con sus doctrinas nada cristianas ha quebrado y nuevos regímenes se han implantado con éxito y en el corto tiempo de su existencia han dado buenos frutos. Ahí está el fascismo que lo demuestra luminosamente.

Actores y expectadores a la vez, presenciamos un período de brusca transición, atravesamos la más formidable de las crisis: la crisis religiosa. Las otras crisis; la científica, la política, la económica, la industrial y la misma crisis social que ocupan, con relación a la primera, un lugar secundario en el teatro del mun-

do. Es la cuestión religiosa que forma el nudo y lo esencial del drama contemporáneo, de nuestros días. Lo que agita y atormenta el espíritu de la sociedad presente es la lucha entre el espíritu y la materia, la razón y la fe, Cristo y la ciencia falsa, el hombre y Dios.

No ha habido siglo alguno, en la historia del mundo, en que mayormente la religión haya sido hostilizada y combatida; y a la vez no ha habido siglo alguno en que mayormente se hable de ella y de ella se discuta. Con sólo ojear libros, opúsculos y periódicos, entre página y página, entre línea y línea, se tropieza siempre con el problema religioso, el cual se presenta siempre fresco y de actualidad.

Por fortuna con la caída del liberalismo sectario del siglo pasado, después de la conflagración europea, no pocas naciones se han orientado hacia la Iglesia, hacia Cristo, único salvador de los pueblos. Muchos gobiernos, antes enemigos, se han reconciliado con el Vicario de Jesucristo, y tienen en la Ciudad del Vaticano su representante. Cuántos concordatos se han firmado y cuán grande es hoy el prestigio del Papado, antes mirado con recelo y profundo desdén!.

Ciertamente que el triste espectáculo que presenta Rusia, España y Méjico es bien doloroso...Pero en cambio qué consolador es el espectáculo que nos ofrecen Italia y hasta Alemania que se han reconciliado con la Iglesia y acatan sus leyes, que son las de Cristo, a cuya sombra y no en otra parte, se halla la vida, la verdadera vida de las naciones y de los individuos.

Excelencias de la verdad

La crisis religiosa de la hora actual, consiste en que el mundo moderno está en una falsa posición con respecto a la verdad.

¿Qué es la verdad? ¿En dónde se halla la verdad? Este es el grito de todos los tiempos de la humanidad, ésta la meta suprema de todas las aspiraciones del hombre. La verdad ! La verdad es todo para nosotros. Ella es la luz de nuestra inteligencia y la base de nuestra vida social. Nuestros derechos y nuestros deberes son otras tantas manifestaciones de la verdad; y no se puede dar un solo paso, tanto con relación a la vida nuestra interior como exterior, sin hallarnos frente por frente a la verdad, o en sus principios o en sus consecuencias o en sus manifestaciones. Véase si no. El derecho es la verdad que se impone; el deber la verdad que manda. La ciencia es la verdad que se adquiere por medio de la razón; la religión la verdad que se posee mediante la fe. La familia es la verdad que se revela por la autoridad...

La verdad es todo para el hombre y el hombre es hecho para la verdad. Esta sentencia se ha convertido en un axioma irrefutable. Así como la flor tiende siempre a la luz, del mismo modo la inteligencia humana se inclina a la verdad.

El niño, tan pronto como la razón principia a desarrollarse en él, nos hace un mundo de preguntas y no deja un solo instante de repetir estas palabras: ¿què es esto? ¿por qué aquello? y así por el estilo, con una tenacidad que asombra. Pide continuamente, junto con el manjar material del cuerpo el del al-

alma que es la verdad. Y al paso que el niño se torna adolescente, hombre y viejo, aumenta en él la sed irrefrenable de la verdad. Dícese que el apetito viene comiendo y con respecto a la verdad acontece la misma cosa y quizás con mayor fuerza.

Tender a la verdad, buscar la verdad, poseer la verdad: he aquí la necesidad más imperiosa y el deber primordial del hombre

La verdad científica

Ningún siglo ha alcanzado mayores triunfos ni más gloriosas conquistas en la ciencia como el nuestro.

Al niño se le enclava en los bancos de la escuela durante quince años para que aprenda. La prensa ha popularizado la ciencia y la propaga por todas partes con profusión. Do quiera son difundidas las energías intelectuales y el saber humano de día en día se profundiza siempre más. Se han creado ciencias nuevas, como la química y la geología; y la física, la mecánica y las artes industriales han hecho progresos extraordinarios. ¿Qué habrá que decir de la fisiología y ciencias médicas, de la astronomía, de la historia, de la lingüística y la arqueología?. La verdad científica ha avanzado a pasos agigantados.

Ahora cabe preguntar: ¿bastarán estos conocimientos? ¿Acaso no nos incumbe la obligación de buscar, conocer y adquirir otras verdades? ¿Quedará satisfecha nuestra razón con esto o aspira a algo más, a mucho más?

¿Por ventura no existen otras verdades, que es ne-

cesario conocer y adquirir y hacia las cuales nos lleva instintivamente nuestra naturaleza humana, con deseo vehemente e incontenible ardor? Las verdades que ofrece a nuestra razón el estudio intenso y el análisis profundo no pueden satisfacer al hombre.

Nosotros lo sentimos, nuestro espíritu no queda colmado en sus aspiraciones con sólo este mundo sensible, siente la necesidad apremiante de algo espiritual, de una luz más viva, de un aire más puro. El pájaro desde la jaula en que está encerrado anhela por la libertad del espacio; y el hombre desde este su destierro terrenal aspira a nuevos y mejores horizontes, a los horizontes espirituales y sobrenaturales que están, muy por encima y son inmensamente superiores a los horizontes sensibles y materiales. El hombre aspira a lo divino y no se contenta únicamente con lo humano y natural.

Todos los acontecimientos de las ciencias experimentales, por grandes y nobles que sean, no pueden apagar los vuelos de nuestra inteligencia ni los anhelos de nuestro corazón. Después de conocidos los secretos de los espacios, los movimientos del cuerpo, las causas de los fenómenos, las leyes que presiden y rigen todos los seres, desde el átomo hasta el sol y desde la planta hasta el animal, oímos en nuestro interior una voz que nos pregunta: ¿quién ha hecho todas estas cosas? ¿De dónde ha nacido el mundo? ¿Quién lo ha creado? ¿Quién lo ha hecho tan perfecto y admirable en la armonía de sus partes y en la variedad de sus bellezas.

¿Existe un Ser superior, un Ser Supremo, que es la causa, principio y fin de todas las cosas? ¿Quién es este Ser invisible, pero sensible? ¿Cuáles son sus atri-

butos? ¿Cuál es su existencia? ¿Cuáles son sus derechos sobre el universo, sobre el hombre?

Podemos saber de cuantos huesos, músculos, nervios, glóbulos sanguíneos y células de materia organizada consta nuestro cuerpo . mas el cuerpo no constituye todo el hombre. Palpita en nosotros un principio espiritual que nos anima y en el que se halla un reflejo, una huella poderosa de un Ser Superior.

La verdad religiosa

El hombre a fuer de tal debe estar profunda e íntimamente convencido de que antes que la verdad científica es menester la religiosa, y que él primero ha de conocer y profundizar èsta que aquélla. Pues, la verdad religiosa es para la humanidad absolutamente indispensable. De ella no se puede prescindir. Sin ella el hombre anda completa y miserablemente desorientado. Es a manera de una nave sin orientación o de un auto sin volante.

Un buen día, se levantó bajo el hermoso cielo de la Palestina, un personaje misterioso, y delante de sus conterráneos y de las generaciones de todos los siglos, exclamó: *Yo soy la verdad*! Nadie hasta entonces ni después, había osado decir: Yo soy la ciencia; yo soy la literatura; yo soy la política. Y si tal cosa hubiese dicho alguno, el ridículo lo habría sofocado.

Pero, Jesucristo pudo decir muy alto sin temor de ser desmentido ni cubierto con el ridículo: Yo soy la verdad; y ni la persecusión ni el odio más enconado

pudieron ahogar la voz de Cristo. Andando el tiempo, dejaron de discutir los filósofos de Atenas y de ensañarse los Césares de Roma; y Jesucristo quedó en pie, firme como una roca y resplandeciente como un faro, cual único y verdadero maestro de la humanidad entera. Cristo permaneció y permanecerá siempre en medio de nosotros; permaneció en su doctrina, en su doctrina siempre viva y fecunda, permaneció en una sociedad divina, en el magisterio de la Iglesia Católica; Jesucristo vive y reina en la persona infalible de su Vicario en la tierra, el Papa.

Después de Cristo no ha habido necesidad de nuevas revelaciones para la humanidad, en la sucesiòn de los tiempos y de las generaciones. Todos los problemas de nuestro origen y supremo destino, de Dios y del Mundo, de la Providencia y de la historia, del alma humana y el dolor, de la conciencia y ley moral recibieron de él su verdadera y completa solución. Los pueblos lo aceptaron y la verdad religiosa, la verdad católica se enseñoreó de las generaciones y ha formado, al través de diecinueve siglos, el patrimonio de las naciones civilizadas.

Y actualmente ¿cuál es la suerte de esta verdad en las inteligencias contemporáneas? Mientras una larga parte de la humanidad vive en el seno de la Iglesia Católica y goza del beneficio de la enseñanza cristiana, la otra parte, la mayor parte quizás, cuál es su situación? ¿Cuál es la actitud de nuestra época ante la doctrina de Cristo? Y ¿cuál es el comportamiento del Perú, de nuestro Perù tan acosado y combatido por corrientes opuestas entre sì? Cuán triste es en muchos casos la situación de los ánimos con relación a la verdad religioso-católica! Cómo anda desorientada

la opinión y falseada la conciencia pública en lo que tanto debería interesar, pues se trata nada menos que del porvenir de la sociedad, de la religión y la Patria.....

Contra la verdad: los indiferentes

Con respecto a la verdad se presentan tres clases de personas: los indiferentes, los exclusivistas y los fanáticos.

Los indiferentes son esos seres apáticos, que no merecen llevar el nombre de hombres, porque con sus propias manos han borrado de su frente la corona de virilidad que Dios les ha puesto. Ellos se encogen de hombros delante de las grandes cuestiones religiosas y morales. Absorbidos por el placer y los negocios, y engolfados en el culto del Dios-Dólar o del Dios-Materia, exclaman: La verdad! ¿Y qué es la verdad? *¿Quid est veritas?*

Toda vez que la razón y la conciencia hacen resonar estas palabras: ¿Existe Dios? tienes tú un alma? hay otra vida allende la tumba? Ellos como hombres que no quisieran ser molestados ni turbados en lo más mínimo, en su falsa tranquilidad, contestan: ¿Quién sabe? Tal vez...? Mas, qué importa saberlo? Quizás...No vale la pena ocuparnos de ello .....

Pues bien; ¿pueden apellidarse hombres estos individuos? No, mil veces no. Serán hombres de placer, hombres de negocios, hombres de ciencia, de literatura, de política, mas no hombres en el verdadero y noble significado de la palabra.

Ellos vejetan mas no viven la vida humana. Por que el hombre no vive de solo pan. En buena hora, puede sufrirse el hambre y la miseria, cuando el alma está harta de verdad y de virtud. Empero, la hartura del cuerpo no es nada cuando el alma está vacìa y hambrienta.

Y lo que harta el alma no son las riquezas, ni el deleite, ni el poder. ni la alegría, ni tampoco la misma ciencia, ni siquiera la virtud. Existe en ella una aspiración superior, una sed divina que nada de cuanto hay puede satisfacer. Es una como nostalgia incurable que la atormentará siempre jamás en esta tierra, la nostalgia de lo infinito! El que no ha experimentado esta hambre divina, el que no está atormentado por esta nostalgia de lo infinito, merece compasión: es un espìritu mutilado, una inteligencia atrofiada, un hombre a medias.

Hay más, el que por desgracia ha llegado a ahogar en sí esta necesidad de Dios, este anhelo de *el más allá* se ha degradado y envilecido hasta el nivel de los brutos, y no tiene derecho a la vida.

¿Por qué no decirlo? Hay momentos en que el alma está muy lejos de pensar en el cielo. La tierra le basta, sus alegrías la hipnotizan, sus preocupaciones la èmbargan y sus locuras la devoran. Entonces olvidada de sí misma, se olvida también de Dios y pierde de vista lo infinito. Mas lo infinito sabrá vengarse a tiempo y triunfará. El letargo pasa, el aturdimiento se acaba y el alma se despierta como de una pesadilla, Llega una buena hora en que los negocios cansan, los placeres fastidian, el infortunio sacude y estremece, y el alma deja de soñar, de fantasear, y, entre tanto, en sí misma recapacita, busca

algo más grande y homogéneo que no encuentra en las bajuras de la vida material.

Y esta será la hora de Dios! El alma instintivamente lo busca, lo reclama, lo quiere y lo consigue, si no es víctima de la indiferencia. Pero, el indiferente empedernido, continúa dudando como antes y quizás con mayor fuerza. Y, entonces, de la indiferencia se pasa al escepticismo, que conduce al pesimismo y a la desesperación para toda la vida, o se vuelve a nuevas y peores locuras para sofocar el grito del alma y la voz de la conciencia.

Nada es tan grave ni de más desastrosas consecuencias que la indiferencia, tanto para los individuos como para los pueblos. Pues, la incredulidad es todavía la lucha, la fiebre, y el frenesí del espíritu: la indiferencia es la muerte, el estanque de agua podrida, la paz del sepulcro. Y en ese sepulcro está enterrada la idea divina, la idea moral y están enterrados los mismos ideales de la vida. Y, entonces, nos encontramos ante el espectro de un individuo y de un pueblo, que no son capaces ya ni de entusiasmo, ni de heroísmo, ni de sacrificios. Ante los males y desgracias de la patria, que se hunde, que está amenazada y perece, ellos seguiràn divirtiéndose, gozando y entregados a las orgías .....

Esos seres degenerados, esos pueblos envilecidos, tanto ante las desgracias de la familia a la cual pertenecen como ante los males sin cuento del país del que son miembros indignos, permanecen indiferentes y siguen en sus devaneos como si tal cosa.

Contra la verdad: los exclusivistas

Tras los indiferentes vienen los exclusivistas, que son los hombres de la ciencia sin Dios, los secuaces del positivismo moderno que es el más fatal de los sistemas porque no hiere sòlo de muerte la fe, sino la misma razón.

El positivismo no admite otra realidad que la materia, sus propiedades y sus fuerzas, sus fenómenos y sus leyes. Todo lo que no cae bajo los sentidos, todo lo que no es visible para el ojo humano, todo lo que no es ponderable ni mensurable, lo arroja despectivamente entre las hipótesis.

Para él solamente lo sensible es real, solamente lo real es verdadero. Dios no es visible por medio del microscopio, el alma no se puede medir con el metro, la vida futura no se puede reducir a una fórmula matemática. Luego, no debe admitirse ni Dios, ni el alma, ni la vida futura. Y puesto que estas verdades son las tres grandes bases de la religión, el positivismo excluye la religión diciendo: Ella no pertenece al conocimiento del hombre, porque no está al alcance de la experiencia.

Mas no es asì; la verdad religiosa de algún modo está al alcance del examen y crítica experimental, pues las creencias religiosas, como afirma David en sus salmos, son fecundas en múltiples motivos de credulidad: *Tus testimonios son dignos de fe en demasía*. Acaso ¿la ciencia de los hechos no se ha hecho la ciencia maestra de nuestros días? Urge estudiar los hechos para alcanzar la verdad, mas es necesario estu-

diarlos todos y doquiera. No es suficiente estudiarlos solamente en el reino de la naturaleza sensible, sino también en las cosas del alma y de la religión. Puédese aplicar a ellas el análisis positivo, mas conviene tener en cuenta el misterioso fenómeno del alma humana que busca lo Infinito, que tiene necesidad de Dios, que lo invoca y lo suplica; que es naturalmente religiosa, siempre y doquiera. Este fenómeno universal es menester ponerlo frente a los fenómenos de la naturaleza sensible, y si en la naturaleza todo tiene una ley y un fin, es necesario deducir que el fenómeno religioso también debe tener una ley y una finalidad.

Entonces, por medio de estos hechos psicológicos se llegará a un principio, que será necesariamnte el principio del espiritualismo; el espiritualismo a su vez manifestará que es la base del Cristianismo, y de este modo la ciencia completa del hombre conduce a la verdadera ciencia de Dios. Porque la verdad religiosa no es una cosa exclusivamente divina, que ha sido impuesta necesariamente y violentamente a la razón humana; no, Dios antes de darnos la religión ha hecho el alma religiosa, o, mejor dicho, ha creado juntamante el alma y la religión, ha hecho el alma para la religión y la religión para el alma.

Mas, ¿por qué el misterio? Por que el hombre no es Dios ni con su inteligencia limitada puede llegar a comprenderlo. ¿Porqué el misterio? Porque la vida presente es vida de prueba y de mérito y sin misterios ni habría libertad ni méritos. Si la verdad religiosa fuese clara y evidente ya no seríamos libres de escoger y nos veríamos constreñidos a aceptar sin más ni más.

La verdad religiosa es un problema que se resuelve entre el hombre y Dios a través del misterio; es un problema entre la humilde sumisión de la inteligencia y las misteriosas intuiciones del corazón. El corazón tiene la intuición del misterio aunque la razón no alcance a comprenderlo.

Mas; el hombre debe sentirse orgulloso de su grandeza y debe poder rechazar lo que su inteligencia no alcanza. El hombre que claudica de sus derechos, manifiesta que es débil. No, absolutamente, no! La negación de lo sobrenatural no es señal de fuerza sino de poquedad de carácter en el ser humano. Cuando un alma ya no se siente capaz de llevar en sí la grande idea de lo infinito, no es digna de tal nombre ... En eso está la mayor y más vil debilidad ....

Funestas consecuencias

Queramos que no, la idea de lo sobrenatural nos conmueve; nosotros somos superiores a toda la creación sensible; un espíritu inmortal palpita bajo nuestro pecho de carne y hueso y todas las realidades y apariencias del universo no son capaces de satisfacer y hartar nuestra inteligencia y mucho menos nuestro corazón.

He aquí por que el hombre es naturalmente religioso, y el alma, la parte más noble de nuestro ser, se rebela al pensamiento de su caducidad, siendo ella inmortal.

¡Ay de la grandeza humana, de la civilización cristiana, si el positivismo, práctico o científico, po-

pular o doctrinal, prevaleciese y triunfase! La decadencia reinaría doquiera y en todo. Decadencia literaria, porque la inspiración viene de lo alto; decadencia artística, porque el ideal no es hijo de la materia mas del espìritu; decadencia filosófica, porque la metafísica no es física y las ciencias naturales no pueden reemplazar la ciencia del pensamiento; decadencia moral, porque encerrado el espíritu en la cárcel de las cosas sensibles pierde de vista la luz del deber y del sacrificio; decadencia política, porque la autoridad quedaría destituída de la fuerza moral que necesita; decadencia social, porque al faltar la verdad religiosa no quedaría sino la fuerza para contener las pasiones; y en este caso se produce una situación violenta cuyas consecuencias son la guerra civil, el desorden y la anarquìa.

Fruto amargo de este triste positivismo, en nuestros días tristísimos, son; una literatura toda ella hojarasca y si tiene algún meollo resulta, las más de las veces, pernicioso; una prensa venal y sin orientación fija que no busca sino el medro y la propia utilidad, sin tener en cuenta la moral y la justicia; cuán contados son los buenos periódicos! Otro fruto no menos funesto son: un teatro y un cinema frívolos y cuando no inmorales y pornográficos; una gran desvergüenza en el vestir, en las diversiones públicas y privadas y en toda exhibición social, que no sea netamente cristiana. ¿Cuál es la canducta de la juventud de los tiempos que alcanzamos? ¿Qué se ha hecho la honradez de otros tiempos, el respeto, el valor de la palabra empeñada, de los compromisos contraídos. de las promesas hechas?

El cuadro de las costumbres de hoy no puede ser más humillante ni aterrador!

Contra la Verdad: los fanáticos

Después de los indiferentes y exclusivistas vienen los fanáticos, frente por frente a la verdad religiosa, que es la única salvadora y digna del hombre. ¡Cuánto se ha clamado contra el fanatismo religioso! Sin embargo, hay justo motivo para condenar otro fanatismo mucho más grave y funesto; el fanatismo de la ciencia. Los fanáticos de la ciencia ignoran o aparentan ignorar que nosotros somos seres finitos y limitados y qué, por tanto, nuestra ciencia no puede ser sino finita y limitada. Y, sin embargo, en su inaudito orgullo pretenden salvar las fronteras de lo sobrenatural. Mas esto no se consigue impunemente, a imitación de Icaro que se vino al suelo miserablemente, por haber querido escalar el suelo. Y ellos al salir de su órbita natural pierden el equilibrio y caen de bruces cubiertos de vergüenza...

La verdadera ciencia es humilde; reconoce que lo que se sabe es bien poca cosa ante lo que se ignora. Con Sócrates exclama: esto sé, que no sé nada: *unum scio: me nihil scire.* Pascal con su pluma geométrica dejó escrito: *el hombre verdaderamente sabio no alcanza sino una sabia ignorancia.*

La verdadera ciencia reconoce los límites de lo sobrenatural y se contenta con aprovechar las gradas que ofrece la creación para poder y conducir al

hombre a Dios Empero, la ciencia orgullosa no admite límites y quiere penetrar en los campos del misterio; allí encuentra a Dios que la aplasta con su divinidad infinita; con todo, ella no quiere soportar un ser superior, no admite sino seres iguales y agota sus débiles fuerzas en un necio duelo con Dios. Mas a Dios no se le vence; y no pudiéndolo superar le niega neciamente. Faltándole la fuerza de la demostración se acoge al arma de la negación.

¿Jesucristo es Dios? No. La Iglesia es una inspiración divina? No. ¿Existe Dios? No. ¿El alma es inmortal? No. ¿Existe el libre albedrío? No. ¿Existe la vida futura? No. Y siempre, no y solamente, no..

La incredulidad, en resumidas cuentas, es una negación, y una negación, no será nunca jamás una doctrina. La Fe es un símbolo, un conjunto de dogmas, un sistema doctrinal, en el cual cada verdad depende de otra y todas armonizan entre sí. En una palabra, la Fe es una afirmación poderosa y constituye la vida de la inteligencia. ¿Qué es la vida? Una continua afirmación. ¿Qué es la familia? La afirmación del respeto y el amor. La escuela? La afirmación de la ciencia. El arte? La afirmación del ideal. La milicia? La afirmación de la disciplina. La sociedad civil? La afirmación de una constitución fundamental. Si suprimimos la afirmación, y colocamos en su lugar la negación, o tan sólo la duda, ¿qué quedará de la familia, de la escuela, del arte, de la milicia y de la sociedad? Nada, absolutamente, nada,

La vida ha sido siempre y en todas partes la afirmación, y ¿será posible que para la inteligencia

no exista sino la negación? Esto sería el suicidio de la razón y su completa destrucción. Oh! cuán triste y lúgubre es la crisis de *la hora actual*, es decir, la crisis religiosa. Por vez primera las negras tinieblas del escepticismo, cual horrorosa mortaja, se extienden sobre toda la tierra, La incredulidad impera. Qué desgracia! La Iglesia al través de veinte siglos de historia ha tenido momentos y aún períodos luctuosos en su existencia, mas nunca como hoy el error ha tenido tanta extensión y tanta intensidad..

Otro paso adelante

En efecto, hubo un tiempo aciago en que fué combatido un dogma, un artículo del Simbolo o bien un Sacramento. El Protestantismo atacó la autoridad doctrinal de la Iglesia, pero respetó la Biblia y a Jesucristo y a Dios. En el siglo XVIII fué combatida la Biblia y la divinidad de Jesucristo; mas, la incredulidad aterrada y avergonzada de las ruinas que había amontonado, se detuvo delante de Dios y el alma. Una torpe mano, chorreando sangre, que había derramado en víctimas inocentes, se levantó para esculpir estas palabras: *El pueblo francés cree en la existencia del Ser Supremo y en la inmortalidad del alma.*

Empero, hoy las cosas van mucho peor, se ha llegado a la negación radical de todo lo sobrenatural, a la demolición completa del espiritualismo; y el ateísmo en su satánica saña ha pretendido convertir el hermoso campo de las creencias en un horrible cementerio, cubierto de tumbas, sobre las que

se lee: Aquí yace la Iglesia Católica. Aquí yace Jesucristo. Aquí yace Dios, aquí el alma humana, aquí la vida futura...

Salvo honrosísimas excepciones, máxime en los países latinos y entre éstos, en algunos más que en otros menos, este primer tercio del siglo XX en que nos toca vivir, ofrece a nuestros ojos un cuadro por demás desconsolador: la absoluta negación de todo culto y de toda creencia religiosa...

Ciertamente que el ateísmo no forma el triste y exclusivo privilegio de nuestro siglo. Se han visto filósofos y hombres de letras que, separándose de la sociedad en que vivían, se han aislado, por decirlo así, en la pequeña órbita de su impiedad o irreligiosidad. A no dudarlo, trataron de hacer prosélitos, mas trabajaban en el secreto de la obscuridad. Y esto, ¿por qué? Porque había algo que los oprimía que los aplastaba, que los detenía en su ardor de hacer proselitismo.

Se decían a sí mismos: No conviene chocar con la opinión pública, que no era sino la conciencia pública, la conciencia nacional, la conciencia religiosa y católica, porque los pueblos eran realmente católicos. Entonces la opinión pública se hacía sentir y la conciencia pública se imponía poderosamente, hasta hacer retroceder el error, que debía ocultarse y trabajar sólo sorpresivamente.

En *la hora actual*, ya no es así. No hay que hacerse ilusiones engañosas y funestas que podrían impedirnos de trabajar más y con más entusiasmo en pro de la buena causa. Hoy el cuerpo social está contaminado, lo tiene herido de muerte el escepticismo, la incredulidad, el ateísmo.

Entonces el ateísmo se refugiaba temeroso en un laboratorio de química, en un anfiteatro de anatomía, en una reunión secreta, en el retrete de alguno que otro sabio. Hoy no sucede lo mismo: el ateísmo envenena al joven en la escuela, al obrero en el taller y hasta a la mujer en el salón y aún en el hogar. El ateísmo se insinúa en la vida privada y pública; el ateísmo penetra en la prensa, en el teatro, en el cinema, en las tertulias, en los corrillos, en las conversaciones entre amigos, parientes, en la reuniones de toda clase. La indiferencia primero y el escepticismo después,con el ateísmo se propagan, se divulgan y triunfan...

Las personas que oyen misa, que escuchan la divina palabra, que asisten a las funciones religiosas, que no son pocas, por fortuna, ni son indiferentes, ni positivistas, ni incrédulas, sin embargo, ellas también, sienten esta atmósfera saturada de escepticismo que las roeda, que las toca y que, mal de su grado, deben aspirar y que puede infeccionarlas.

Las conversaciones sobre temas de máxima importancia y tocantes las cuestiones religiosas, divorcio, laicización de la enseñanza y confiscación de bienes eclesiásticos, manifiestan que hay indecisión, que la fe vacila, que el carácter cristiano se debilita y que uno se inclina a las claudicaciones y se deja llevar por el ambiente pestífero que lo envuelve; lo cual causa debilidad moral, inercia, falta de valor cristiano y culpable indiferencia con respecto a ponderosas cuestiones religiosas y morales, de las cuales depende el porvenir de la patria. El maldito respeto humano hace estragos y acumula ruinas sobre ruinas, pues desarma a los buenos y enva-

lentona a los malos y mientras los primeros se esconden vilmente los segundos se muestran más y más atrevidos

Es doloroso confesarlo; la fé católica languidece, desaparece poco a poco...La estrella de los Reyes Magos que habìa de trocarse en luminoso y benéfico sol se ha convertido en la siniestra cometa de la incredulidad

La moral cristiana

Como hemos visto la falsa posición de las inteligencia con relación a la verdad religiosa, constituye el primer carácter de *la hora actual*; el segundo es su inevitable consecuencia: la negación y el olvido con respeto a la ley moral.

Es propio de la naturaleza del hombre y de la misma lógica de las cosas, que las ideas no pueden permanecer simples ideas sino que deben necesariamente convertirse en hechos. Los principios no pueden quedar inactivos y estériles, ellos decienden al campo de la práctica y se cambian en efectos y acciones. Entre la verdad y la virtud, lo mismo que entre el error y el vicio, existe un vínculo indisoluble. Por eso Cristo, el gran Maestro de la humanidad, fué al propio tiempo Divino Moralista. El símbolo y el Decálogo se dan la mano, pues el Cristianismo no es solamente verdad sino también vida moral

¿Qué es la vida moral? La vida moral consiste en el mejoramiento de nosotros mismos. Y para ha-

cernos mejores y ser efectivamente virtuosos es necesario creer. Es necesario creer en el alma, en un principio distinto de la materia; es necesario creer en la libertad y en la responsabilidad. Es necesario creer, que los héroes de la virtud no fueron ilusos y que el sacrificio se impone y que, muchas veces, no se puede eludir sin hacernos viles y culpables. Es necesario creer en una vida futura, en una sanción eterna; es necesario creer en la ley del deber, pues, el deber es una idea que se destaca sobre todas las ideas del alma humana. y brilla a manera de estrella en el cielo de nuestros pensamientos...

El deber no es lo útil ni lo necesario, el deber es lo que debemos cumplir y sufrir...hasta la muerte si fuere preciso

Cuán aciaga es *la hora actual*! De lo justo y de lo honesto ¿qué ha quedado en pié? Los principios, que son la base de la moral, son atacados cada día con mayor encarnecimiento en nombre de la ciencia sin Dios; los ejemplos, que son la norma viviente, desaparecen o se esconden tímidamente; los escandalos son llevados en triunfo; el orgullo entorpece los espíritus y aumenta el número de los desquiciados; la ambición enerva los caracteres y hace del patriotismo un mercantilismo; la voluptuosidad corrompe los corazones, el temple humano; el egoísmo llevado hasta la idolatría divide la sociedad y la aniquila...

¿Qué se han hecho esos jóvenes de otros tiempos, que caminaban intrepidos por la senda del deber y se gloriaban de combatir por la verdad y la virtud?

¿Qué se han hecho esas jóvenes heroinas cristianas que para ser fieles a sus compromisos lo despreciabau todo, hasta la vida?

¿En qué han parado los militares pundonorosos de otras épocas cuyo corazón palpitaba sólo por la patria?

¿En dònde están los escritores que consideraban su pluma como un instrumento de santo apostolado?

Y los hombres públicos y privados, los padres y madres de familia, penetrados de sus obligaciones y y dispuestos a cumplirlas a todo trance, ¿qué se se han hecho, en dónde están?

Pobre sociedad de *la hora actual* ¿qué tristísimo espectáculo ofrece de sí misma Y si hoy es tan lamentable, ¿qué será mañana?

Hay en el mundo tres nobles y generosas pasiones; la pasión de la ciencia, la pasión de la libertad y la pasión del deber. La primera existe aunque no siempre bien entonada y convenientemente orientada. Se estndia mucho, mas, a veces, se estudia mal y con fines malos. La pasión de la libertad existe ella también. De ella se hace mucho alarde, pero, con frecuencia, degenera en licencia, en tumultos, asonadas y libertinaje.

¿Y la pasión del deber, que es el cumplimiento de la ley moral hasta la abnegación y el sacrificio? Existe realmente esta nobilísima pasión, sin la cual no puede concebirse nada grande, nada generoso, nada heroico? Pues la vida debe ser nobleza, generosidad y heroísmo, sin lo cual el hombre deja de serlo por convertirse en bruto llevado e impulsado por el ciego instinto,

Sí, el hombre debe estar dispuesto a practicar el deber hasta el sacrificio. Existen abismos que hay que salvar, calvarios que hay que coronar. Y el hombre del sacrificio vence todas las dificultades, y

avanza siempre, cueste lo que cueste, por la senda del deber, aun a trueque de sentir los pies ensangrentados y la cabeza rodeada de espinas.

Moral y verdad

La noble pasión del deber, y solamente ella, es la que hace grande al hombre en la vida privada y pública; desgraciadamente encontramos que privan en larga escala las otras pasiones, la pasión del cálculo y del placer, la pasión del egoísmo y de la ambición más desenfrenada.

Ciertamente que las pasiones han existido siempre, porque la naturaleza del hombre es siempre la misma; sin embargo hasta ayer no más, frente a la culpa había la conciencia pública que protestaba enérgicamente. Ella había quedado incorrupta y profundamente cristiana. Hoy, en cambio, la conciencia pública se ha corrompido; han sido vulnerados los principios de lo justo y de lo honesto, y el vicio ha adquirido prestigio, ha sido elevado a doctrina y es defendido con la lógica de una ciencia incrédula y profunda.

¿Quién se admirará, pues, que produzca funestas consecuencias en la sociedad? Debe tenerse muy presente que lo que hace grandes a las naciones no son ni las riquezas ni la industria, ni el prestigio adquirido, sino el progreso intelectual y moral. Y el progreso no es sino la armónica unión entre la estabilidad y el movimiento. Progreso quiere decir movimiento en el bien; empero todo movimiento para que

sea fecundo es necesario que tenga un punto estable que regule el movimiento mismo. Ahora bien, en el progreso el punto de estabilidad no es otra cosa que la aplicación de la verdad.

De la verdad parte todo pensamiento, afecto, movimiento, acción, en una palabra, el progreso. Ay de aquellas naciones que ya no saben comprender este gran principio! El suyo no es progreso, sino, un movimiento estéril e infecundo, una agitación peligrosa, y cuando menos se percaten se darán cuenta del falso camino en que se han metido.

¿Por qué de algún tiempo a esta parte, todo cambia y se altera? ¿Por qué esta apatía por el presente y el descuido por el porvenir? Por qué este avanzar y retroceder, yendo ora a diestra y ora a siniestra? ¿Tantas esperanzas y tantas desilusiones? ¿Querer y no querer? ¿Proponer y desistir? ¿Emprender y dejar? Y mientras tanto el edificio social se derrumba y el socialismo, primero, y el comunismo después, aprovechan la situación, *la hora actual*, para sus fines torcidos, diciendo: el edificio social está para caerse, acabemos de destruírlo a fin de reedificarlo.

No, el edificio social, la obra cristiana de diecinueve siglos no está para venirse abajo; sino que, día tras día, es un ladrillo, es una piedra que pierde Son piedras vivientes, piedras morales. Piedras vivientes son el jefe del estado, el súbdito, el magistrado, el sacerdote; sí, especialmente el sacerdote, porque la incredulidad no podrá jamás destruir el sentimiento religioso en el corazón del pueblo, que por tradición, sangre e índole es cristiano. Piedras vivientes son, el soldado, el rico, el obrero, el escritor, el artista, el maestro, la mujer, el padre

y el hijo... Para que estas piedras vivientes estén unidas y trabadas, es necesario el cemento de la verdad. Y siendo combatida la verdad la sociedad va perdiendo poco a poco esa unidad moral que debe unirla y hacerla compacta; de aquí es que estas piedras si disgregan, y la sociedad en medio de luchas, antagonismos y rencores se va debilitando de de en día ..,Quién dará a la sociedad actual la fuerza unitiva y de cohesión? ¿Quién le comunicará esta inyección de espíritu moral? ¿Ouién resolverá el problema de *la hora aetual*?

La religión de Cristo

Nuesera época infausta es a manera de un enfermo que se agita furioso en el lecho de sus padecimientos y se alimenta, sin embargo, de ilusiones y esperanzas. Acude a todas partes, consulta a lo más granado de cuanto le rodea; se reùnen congresos, se promueven asambleas, se establecen sociedades y ligas. Se escriben artículos sobre artículos. Se componen libros. Aquí, se lanza una idea peregrina; allá se acaricia un proyecto; acullá, parece que se ha hallado el remedio. Mas el enfermo sigue grave, gravìsimo. Ha habido hasta quien se ha ofrecido como innovador, reformador y salvador. ¿Acaso no tiene tal pretensión el comunismo ruso? Y en tanto la Rusia cae de abismo en abismo...

Y, sin embargo, la hora presente, *la hora actual*, clama socorro, pide un remedio eficaz, exige la salvación del enfermo, que va empeorando y que va camino del sepulcro.

Mas ¿en dónde hallará este socorro y en dónde encontrará este remedio que habrá de devolverle la vida y salvarle de la muerte espiritual? Cómo saldremos de la crisis que nos abruma?

Es forzoso reconocer que la base de la vida social está aquí; en la verdad. Sin la verdad se construye inútilmente en la arena y una sociedad sin sólidos cimientos se deshace, pues la verdad es la fuente de todo bien, a saber: de la virtud, del orden, del derecho, del deber, de la autoridad, de la libertad, de la civilización, del progreso.

Ahora bien, la verdad se reveló un buen día en el mundo y se encarnó en el más dulce y más grande personaje, que ha dominado y puede dominar la historia: en Jesucristo. El sólo pudo decir; *Yo soy la verdad!* y San Pablo pudo agregar: *Jesucristo es la piedra fundamental de todo.*

Mas la incredulidad, en su satánica insensatez, grita: Fuera Cristo! Lejos *Cristo de nosotros!* Y ¿qué podráse poner en lugar de Jesucristo? ¿La ciencia, tal vez? ¿Acaso, la política? ¿Por ventura las riquezas? ¿La fuerza, el poder?

La ciencia es árida y vacía: puede satisfacer la inteligencia, mas nunca podrá hartar el corazón ni la conciencia. En cuanto a la política se ha desacreditado de tal manera que son pocos los que creen todavía en ella, salvo por su nueva orientación que ha tomado en algunos países. Las riquezas no son patrimonios de todos, sino limitado privilegio de pocos y de aquí se ha seguido la actual situación social. Por lo que hace a la fuerza es doloroso deber confesar que antes de la guerra mundial y después de ella, a pesar de los mayores armamentos,

navales, terrestres y aéreos, el mundo todo se siente de día en día más preocupado... Podrá servir, como sirve en efecto, para reprimir el mal y defender los derechos de una nación amenazada o invadida. La fuerza no se acepta, se soporta ..

La ciencia halaga tan sólo; la política engaña casi siempre; las riquezas provocan la codicia y la fuerza irrita, no convence .

Luego, ¿qué recursos nos quedan para resolver la angustiosa crisis de *la hora actual*? No queda más que un solo y único recurso, devolver al edificio social su piedra fundamental, que es la Verdad; es menester, volver franca y sinceramente a Cristo, salvador de las almas y de los cuerpos, de las naciones y de los individuos.

Contestan los sabios a la violeta y los presumidos llenos de sí mismo y vacíos de sentido común: Cristo pertenece al pasado y el pasado no vuelve ni debe volver.

Existe un pasado que no vuelve nunca y un pasado que vuelve siempre, porque no es propiamente el pasado, sino el eterno presente, el eterno joven, el eterno divino: Jesucristo. No se envejece nunca cuando se es inmortal. Los hijos de Cristo no pretenden detener el curso progresivo de la humanidad. Nosotros no somos hijos de la arqueología, sino los hijos de la actualidad, antes de la eternidad, que contiene el ayer, el hoy y el mañana. No somos retardatarios en estos tiempos de progreso, somos más bien precursores. Nosotros no soñamos con la resurrección de la edad media en la vida social, mas, como hombres del porvenir, aspiramos a tiempos mejores .....

¿Cuál es nuestra bandera? Es la bandera de la ver-

dad y el sacrificio. Su asta es una Cruz y su tejido un Símbolo. Y el tejido del Símbolo no es una funérea mortaja para envolver cadáveres, sino una bandera, cuyos colores no se destiñen bajo la acción del tiempo; una bandera desplegada al viento para marchar, marchar siempre a la conquista de las inteligencias y los corazones. Que la ciencia avance; que la civilización progrese; que la naturaleza sea vencida y subyugada por el hombre, que la libertad se desarrolle; que el pueblo se dé el gobierno que quiera, verbigracia el fascismo, conforme a las necesidades de la hora actual!

La Cruz de Cristo es divinamente hospital para cojer y cobijar a todas las naciones, y sus brazos son bastante largos para bendecir todas las formas de gobierno: aristocrático, popular, monárquico, y republicano. Dos solas plantas no pueden vivir a la sombra de la Cruz: el despotismo y la anarquía.

La humanidad se retuerce, en medio de los dolores del parto de *la hora actaul*. Nos hallamos en plena gestación. Gestación forzosa, ineludible. Es una época nueva, novísima que está apuntando en el firmamento del mundo. Ciego y sordo el que no la ve ni la siente. ¿Cuál será ella?

Dos enormes bandos se disputan encarnizadamente el triunfo. El bando de la anarquía comunista y de la disciplina férrea, llevada hasta los últimos límites. Son representados por Rusia e Italia. La primera contra Dios y la segunda con Cristo, con la Iglesia y con el Papa. Italia está en el buen camino, en el camino de la salvación material y moral.

La hora de las tinieblas

La hora actual es la hora lúgubre de las tinieblas: *Hora tenebrarum* de la Sagrada Escritura. Una espesa capa de negras tinieblas parece envolver a la pobre humanidad.

Tinieblas en el orden intelectual, moral y religioso. Pocos son los que logran librarse de estas tinieblas, que no dejan ver claro, pensar con claridad y creer en la luz del Evangelio, iluminado por Cristo, Señor Nuestro, que es la luz por excelencia. Y fuera de Cristo no hay sino la noche del racionalismo, del materialismo y del ateísmo que han engendrado todos los males que nos afligen y hacen esta vida tan pesada y, a trechos, difícil y casi imposible.

La ausencia de Cristo de la sociedad ha sido la causa que ha desencadenado todas las pasiones más ruines, y el crimen, físico y moral, enseñorea el mundo y lo invade todo En las altas esferas de la sociedad como en los últimos peldaños de la misma, impera el desorden, la confusión y el delito, más o menos disfrazado

Tanto que un célebre convertido italiano, Giuliotti quien con sus escritos de fuego contribuyó a la conversión del gran Papini, con su lenguaje cáustico no tuvo reparo en apellidar *la hora actual*, la hora de Barrabás.

Esta palabra sintetiza admirablemente la hora triste, tristísima, que alcanzamos *La hora de Barrabás*, suena lo mismo, que la hora en que el infeliz

pueblo judío pidió la liberación de Barrabás y la condena de Nuestro Señor Jesucristo.

Suena lo mismo que decir; preferimos Barrabás a Jesús, que fué precisamente el grito de la multitud amotinada ante el balcón de Pilatos.

En estos momentos de ofuscasión, de tinieblas morales e intelectuales, brilla la luz siniestra del error, del vicio, junto con la indiferencia religiosa, que nos ha conducido al escepticismo, a la incredulidad y al ateísmo, teórico, primero, y práctico después

Barrabás reina e impera, en todas partes, en lugar de Cristo. Reina e impera en la legislación, en los tribunales, en la escuela y en el hogar, por medio de leyes inicuas, sentencias contrarias a la justicia, enseñanza laica y profanación del sagrado vínculo conyugal

Prácticamente, se grita hoy como veinte siglos ha: ¡Viva Barrabás y muera Jesús!.

Esperanzas de luz

Pero, otro grito debe resonar en todas partes y máxime en la conciencia de todos: Es necesario que Cristo viva, si se quiere salvar al mundo de la ruina.

Con Cristo lo tendremos todo y sin Cristo, nada.

Mientras Cristo vivió en la inteligencia, en la conciencia y en el corazón de la humanidad, ésta encontró en Cristo los bienes que necesitaba y las naciones gozaban del bien de la paz y los individuos vivían como hermanos

Hoy la humanidad vive agitada a manera de un mar tempestuoso, los pueblos se miran de reojo, siem-

pre en actitud belicosa, y los individuos se destrozan mutuamente, si no por obra, de palabra.

La crisis religiosa que se inició con el abandono de Cristo, se manifestó bajo este doble aspecto: bajo el aspecto intelectual y bajo el aspecto moral. Bajo el aspecto intelectual, como hemos visto, nos presenta al hombre situado en una falsa posición con respecto a la verdad religiosa. Pues mientras la ciencia humana progresa siempre más, la ciencia de Dios es olvidada, discutida y negada.

Y este primer carácter de la crisis religiosa, halla su inevitable consecuencia en el extravío de las costumbres y en la desorientación de la conciencia ante la ley del deber.

Un trabajo profundo de restauración intelectual y moral se impone para salvar a la sociedad; y este trabajo debe principiar por la vuelta sincera, completa, individual y social a Jesucristo, piedra angular del consorcio humano así como lo es de la Iglesia Católica.

Jesucristo es la verdad substancial; y la verdad es la luz de las inteligencias, la diretora de la conciencia y de los impulsos del corazón.

Jesucristo es la Verdad infinita y con sus enseñanzas responde a todos los problemas que torturan la razón humana.

Jesucristo es la verdad eterna, y, por lo tanto, siempre antigua y siempre joven, la cual no pasa con los siglos ni cambia con las generaciones; no envejece ni puede morir.

Oh, sí, es necesario que Cristo reine, impere y venza, y con él reinará la verdad, imperará la virtud y vencerá el bien sobre el mal

Conclusiones prácticas

Urge volver a Cristo para que Cristo salve a la sociedad que, en mala hora, se ha divorciado de él, y se encuentra desorientada, desquiciada y amenazada, como un débil bajel a merced de las olas en alta mar.

Los hijos de las tinieblas trabajan, denodadamente, para establecer el imperio de Satanás; y ¿por qué no deberán trabajar, siquiera con el mismo interés, los hijos de la luz, para restablecer el reinado de Cristo? ¿Será posible que éstos sean menos solícitos que aquéllos?

Delante de grandes males hay que desplegar el mayor aparato de fuerza posible. Los males que nos aquejan tan agudamente no podrían ser más funestos ni de mayores y más tristes consecuencias.

Los mártires dieron su sangre, los padres de la Iglesia su pluma, los monjes todas las energías de su ser para detener la ola de la maldad y conservar la fe de Cristo, en la sociedad y en los individuos.

Los cruzados abandonaron el hogar doméstico, el hermoso suelo de su patria a fin de rescatar el sepulcro de Cristo, emprendiendo largos y penosos viajes, y exponiéndose a la muerte. Ahí está la historia que lo testifica. Qué hermosas páginas se han escrito sobre el heroísmo de los mártires, el valor intelectual y moral de los defensores de la Iglesia y la constancia de los religiosos en pro de la buena causa!

Torcuato Tasso, en su poema inmortal, cantó las grandezas de las cruzadas, cuya simple lectura nos avergüenza, al ver tanta magnanimidad en aquellos

hombres de acero al lado de nuestra desidia y cobardía ..

Aquellas fueron las cruzadas de las armas y de la sangre, hoy otra cruzada se impone, la cruzada incruenta de la palabra, de la pluma, del buen ejemplo, en una palabra, la cruzada de la acción católica. Pío XI, entre otros timbres de gloria, tiene también éste, de ser el papa de la Acción Católica, por él impulsada, organizada y recomendada con documentos de tal magnitud y calor que han servido para electrizar al mundo entero.

Falanjes de jóvenes y doncellas, de caballeros y señoras, hombres de trabajo, campesinos y artistas, artesanos y militares, formando un ejército, obedientes a la voz del Vicario de Jesucristo y de sus representantes los Obispos, se agolpan en torno de la mística bandera de la Cruz para defenderla de los enemigos de la verdad, levantarla en alto y reunir a su alrededor a las multitudes, sedientas de paz y progreso cristiano.

La Acción Católica, en donde fuè establecida, ha alcanzado frutos consoladores, ha puesto un dique al mal y ha despertado el fuego de la caridad y del celo, en bien de las almas.

Cada tiempo tiene sus necesidades y, por divina disposición, sus remedios. Graves, gravísimas, son las necesidades de nuestra época y el remedio nos lo ofrece la Acciòn Católica, por medio de la prensa, de los círculos, de las asociaciones, mediante el prestigio moral, el dinero de los ricos, el óbolo del pobre y la oración de todos.

En esta noble cruzada, todos pueden ser cruzados habiendo voluntad, una chispa de fe y un átomo de

amor de Dios .... Los antiguos cruzados daban su sangre, los nuevos basta que den su voluntad de hacer el bien y de cooperar con el Papa, los Obispos, el clero, a la salvación de la sociedad.

Arequipa ha comprendido *la hora actual*, ha sentido la obligación que le incumbe y trata de corresponder a la misión de salvarse del naufragio que amenaza al país entero. Nos referimos a la Arequipa católica, a la pequeña Arequipa de antaño, de los tiempos gloriosos de su cristianismo firme como las rocas de sus montañas de granito y fresco como los aires de la campiña que la rodea.

Su ilustre Prelado, secundado por un grupo de almas generosas y esforzadas, ha sostenido, bregando contra viento y marea, la buena prensa y ha fomentado la labor cristiana, en medio de la juventud, de los obreros, de damas y caballeros, a costa de cualquier sacrificio .....

Esto es algo de lo mucho que queda por hacer. Pero esto puede ser la base de un trabajo más extenso y más intenso, con tal que la iniciativa paternal del Pastor de la grey católica, sea favorecida y corroborada por la cooperación de todos La Acción Católica debe desarrollarse hasta tomar las proporciones de una obra digna del fin nobilísimo que persigue ¿Hay algo más noble que la salvación y prosperidad de la Religión y la Patria?

Contiemos, recemos y trabajemos

El Sumo Pontífice, primero en Roma y ahora en todo el universo mundo católico, ha promulgado un Jubileo extraordinario, a fin de grabar una vez más en la mente y corazón de todos los fieles, el recuerdo de la Redención del linaje humano.

En el año de gracia de 1933, hizo cabalmente XIX siglos que Nuestro Señor Jesucristo consumó generosamente la obra del rescate, por medio de su pasión y muerte ignominiuiosa, que constituye la obra mayor que han visto y puedan ver las generaciones. En la creación es Dios que obra y en la Redención es Dios que padece y muere por nosotros, para redimirnos y salvarnos material y espíritualmente.

Al través del tiempo y del espacio, Cristo fué escuchado e imitado. No han faltado épocas críticas y países contrarios a Cristo, pues lo que le sucedió en su vida mortal le aconteció a su Iglesia por él fundada, pero nunca como en la época presente, como en *la hora actual*, Cristo ha sido desconocido y combatido con todas las armas; con la de la indiferencia, con la del desprecio, con la de la calumnia, y del odio más satánico

Mas, vive Dios! Cristo habrá de reinar, a despecho de todo y por encima de todo, pues resonarán perpetuamente sus palabras infalibles: *No prevalecerán..* Las puertas del infierno deberán enmudecer Los síntomas no pueden ser más halagüeños, parece apuntar en el cielo de la Iglesia la resplandeciente aurora de los días venturosos, por todos ansiados y que toda la catolicidad, por boca de su Jefe visible el Papa clama y pide con irresistible anhelo..

Elevando sus clamores hasta el trono de Dios y repitiendo la súplica enseñada por Cristo mismo, la Iglesia militante no cesa de decir: *Venga tu reino*, venga cuanto antes; estamos cansados del yugo humillante de tu enemigo, que es a la vez nuestro enemigo de todo lo bueno.

Las naciones miran hacia Roma; a Roma se dirigen los gobernantes y de Roma se espera la palabra salvadora que habrá de sacar a la sociedad de las angustias de *la hora actual* y orientarla hacia el ideal cristiano, encarnado en Cristo que se llamó a sì mismo: *Camino, verdad y vida...*

Confiemos, recemos y trabajemos.

San Juan Bosco y la hora actual

Dios en su infinita bondad, nunca jamás ha dejado de enviar hombres providenciales, en los momentos más oportunos, en bien de la humanidad acosada por el infortunio.

Para eliminar los últimos vestigios del paganismo romano, envió a San Benito de Nurcia, uno de los más grandes civilizadores que registra la historia.

Contra la decadencia del espíritu de Cristo, suscitó a San Francisco de Asis y a Santo Domingo de Guzmán, verdaderos restauradores de la sociedad.

A fin de remediar los males sin cuento acarreados por el protestantismo, hizo brotar, como por encanto, al esforzado San Ignacio de Loyola con su aguerrida Compañía de Jesús.

A mediados del siglo XIX, que principiaba a adolecer de los males de *la hora actual*, la Providencia suscitó y envió a San Juan Bosco, el cual no solamente midió en toda su gravedad las llagas de la sociedad en que actuó, sino que con profunda penetración, a manera de precursor, previó sus funestas consecuencias, que es lo que precisamente sentimos hoy. Vislumbró sus remedios y emprendió la obra de restauración. *El niño*, decía él, *es el hombre con todo su porvenir; es la renovación de la sociedad todavía en flor. Salvar a la juventud es salvar a la humanidad. Y a la juventud consagro todas mis energías.*

Ilustrado por luces celestiales, desde los primeros años de su existencia, inició su misión entre los jóvenes, que continuó en Chieri, perfeccionó en Turín y extendió por todo el mundo.

La ignorancia religiosa, que había encontrado en el jovencito Bartolomé Garelli, fuè la revelación de uno de los males más funestos y hondos de la juventud; lo mismo entonces que hoy, lo mismo a mediados del siglo diecinueve que en el primer tercio del siglo veinte en que vivimos.

San Juan Bosco, para poner una valla al mal, hizo brotar los oratorios festivos, lugares de sana recreación: el taller cristiano y moral, contra los talleres pervertidores; las escuelas agrícolas, centros y viveros de campesinos llenos de vida física y moral. A las ruinas de la escuela neutra y aconfesional, opuso colegios netamente católicos fomentando de este modo las vocaciones eclesiásticas y religiosas.

En pro de la educación y formación de la mujer y de la madre cristiana hizo surgir el instituto de las

Hijas de María Auxiliadora, con sus múltiples y fecundas actividades.

No descansó un solo momento, arbitrando recursos y sacrificándose en provecho de la buena prensa, a fin de poner un dique a la prensa procaz y pornográfica, fundó tipografías y librerías católicas, de las que han salido y siguen saliendo miles y millones de libros edificantes y de amena lectura.

Si queréis hacer cosa buena, decía, *educad a los niños; si queréis hacer cosa santa, educad a los niños; si queréis hacer cosa divina, educad a los niños*

Ningún santo educador ha amado tanto a los niños como San Juan Bosco, porque de los niños esperaba, fundadamente, la salvación de la sociedad.

Por eso repetía a cada paso a sus Hijos los salesianos: *Consagrad a los niños y, especialmente, a los más necesitados de apoyo material y moral siempre y doquiera vuestras mejores energías.*

La familia y la escuela en la hora actual

¿Cuál es la condición de la juventud en *la hora actual*? Desgraciadamente, muy semejante, si no peor, a lo que era en la época de San Juan Bosco. Pero en otros tiempos, en tiempos más venturosos, el alma del niño se plasmaba en la familia y en la escuela, amparadas por la Iglesia.

¿Cuál es hoy día la suerte de la familia y de la escuela?

Donoso Cortés había dicho: *el hogar doméstico es augusto como un santuario; el padre es el sacerdote y las rodillas de la madre el altar.*

El célebre poeta alemán Lessing dijo también: *La familia es la gran escuela, fundada por Dios mismo para la educación del género humano: el padre es su maestro.*

Ahora bien, ¿el padre es verdaderamente el sacerdote y maestro de la familia actual?

Por desgracia, el llamado materialismo histórico, nacido de la enciclopedia y revolución francesa, hizo, del más arduo problema de la humanidad, una cuestión económica, olvidando que el hombre no es sólo cuerpo sino también espíritu, y que si tiene derecho no puede prescindir de sus deberes.

Donoso Cortés llamaba esta crisis el problema de la humanidad y de la historia. *Dios sólo*, decía él, *es digno de resolverla.* Empero, Bebel, corifeo de los socialistas alemanes, le contestaba descaradamente: *socialismo y cristianismo se hallan enfrentados como el agua y el fuego. El socialismo tiene un solo enemigo: el catolicismo.*

El gran León XIII había afirmado: *si la humanidad debe ser curada, no lo será sino volviendo a la vida y a las instituciones cristianas.* Pero los cabecillas del materialismo histórico no cesan de proclamar que el socialismo debe ser ateo tanto en la forma como en la substancia.

El incomparable sociólogo italiano Toniolo, ha

recordado a los dirigentes y gobernantes que *sólo el decálogo podrá resolver la cuestión social, cuando será nuevamente admitido como fundamento de la vida pública.* Mas no fué escuchado. Todavía no había asomado en el cielo de Italia Mussolini, con su enérgica silueta de romano cristiano.

Fuese al menos una garantía para la tutela y educación de los hijos el ángel del hogar doméstico, la madre netamente cristiana. Y bien merecen eterna alabanza las madres cristianas católicas que, penetradas de su alta misión, han dado a la Religión y a la Patria hijos dignos y ciudadanos integérrimos.

Mas, el ambiente impregnado de corrupción y escepticismo ha influído siniestramente en la formaciòn y misión de la mujer, de tal suerte que nos vemos constreñidos a repetir las palabras del poeta latino, en tiempo de la decadencia de Roma: *Roma está perdida porque la mujer se ha corrompido.*

Del matrimonio no se quieren los pesos y por lo tanto, se quebrantan sus vínculos; olvidándose las palabras de Ozanam: *en la unión conyugal hay algo más que un contrato: existe ante todo un sacrificio: antes dos sacrificios*

Pero los sacrificios se ofrecen sobre el Calvario, al paso que las almas extraviadas trillan las calles de Babilonia.

César Cantú dejó escrito: *el corazón humano está hecho de tal suerte que no ama perennemente, salvo cuando en el amor fluye un soplo divino.*

¿A dónde nos llevará el cáncer funesto del divorcio que disuelve toda grandeza familiar y social?

Y ¿qué diremos de la escuela si ella misma no ha quedado inmune en este naufragio general, habiendo sido trocada, de templo que era, en una madriguera según gráfica opinión de un gran pedagogo iatliano?

Combes, el desgraciado apóstata, escogió el viernes santo para suprimir el crucifijo de las escuelas de Francia.

Es muy de temerse que a la juventud de nuestra época, en no pocos países, acontezca lo que aconteció al malhadado Ravachol, quien vió por vez primera el crucifijo en la sala del tribunal en que fué condenado a muerte. Al doblar el cuello bajo la guillotina gritó desesperado: *Decid a mi madre que yo muero y la maldigo!*

En cambio Mussolini, en Italia, devolvió el crucifico a las escuelas y juntamente la enseñanza religiosa.

Muy acertadamente, Tommaseo pudo afirmar que *no siempre los pueblos más cultos son los más civilizados. Pues hay pueblos cultos que tienen costumbres y leyes bárbaras*

Y cuando la moral pública se eclipsa, agrega Víctor Hugo, *se forma sobre la sociedad una sombra densa que espanta.*

La revolución actual a manera de densa lluvia lleva el humor mortífero a todas las capas sociales, e inficciona y esteriliza las raíces de toda institución, atrofiando y secando, sobre todo, los nuevos pimpollos: la juventud.

También en esto merece encomio el Duce italiano que va poniendo coto al mal por medio de la obra *maternidad e infancia* y por medio del *día de la ma*

dre y del niño, y no solamente de la madre como se estila en todas partes. La maternidad debe ser fecunda y no ilusoria. A las 92 madres que fueron a Roma, convidadas por Mussolini, el Papa dijo estas sabias palabras: *Dios puso su confianza en vosotras tantas veces cuantos niños os ha dado.* Cada una no había tenido menos de catorce.

Estos hechos consoladores y edificantes a la vez, son posibles en la patria de San Juan Bosco, por él educada en el respeto a la ley de Dios y a las enseñanzas de Cristo

El gran apóstol del siglo IX, directa e indirectamente, por él y por sus Hijos e Hijas, los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, ha contribuído tanto y más que nadie a suavizar las esperanzas de *la hora actual.*

Ultimas palabras

Agradecido, hago constar, a fin de estimular siempre más le generosidad en pro de la buena prensa, que los gastos de impresión, de este quinto folleto de propaganda cotòlico-social, fueron sufragados por otras almas penetradas de la obligación e impulsadas espiritualmente por el deseo de hacer el bien, en *la hora actual* sobradamente crìtica, tanto para la Religión como para la sociedad.

Ojalá todos sintiesen esta sagrada obligación y fuesen impelidos por el mismo espíritu. Por desgracia, nos hacemos la deplorable ilusión de que vivimos en otro tiempo y en medio de circunstancias bien diferentes.

El peligro que llevamos sobre la cabeza, el mal que nos amenaza de todas partes y el ambiente deletéreo que nos envenena, ¿no serán parte para abrirnos los ojos, hacernos recapacitar y ponernos en actitud de valiente defensiva?

Es de prudentes escarmentar en cabeza ajena y no esperar el día en que tengamos que repetir el tardío: *Mea culpa, mea máxima culpa*!

No sea esto jamás. El arma al brazo y a combatir como valientes soldados de Cristo

Ernesto Briata, Pbro. S.

Documentos Oficiales

Arequipa, Julio 2 de 1934.

Excmo, y Revmo. Sr. Fr. Mariano Holguín, Dmo.
Obispo de Arequipa.

Excelentísimo Señor,

Deseando publicar un folleto de propaganda católica popular con el título: *La Hora Actual- Crisis y problemas--solución religiosa*, suplica a V. S. I. tenga la bondad, si lo cree conveniente, darle el *nihil obstat* para su impresión.

Mientras beso el anillo de V. S. I. pido la santa bendición.

ERNESTO BRIATA Pbro. S.

Palacio Episcopal de Arequipa
a 3 de Julio de 1934.

Por presentado con los originales que se acompañan: pase en revisión al R. P. Juan Burón

EL OBISPO

ALARCON
Secret.

Excmo. Mons:

En cumplimiento del decreto que antecede he procedido a la revisión del folleto intitulado "La Hora Actual—Crisis y problemas solución religiosa" escrito por el P. Ernesto Briata y no he hallado nada que se oponga al dogma ni la a la moral. Por lo que soy de la opinión que se EXCIA. de la respectiva licencia para su publicación.

Arequipa, 9 de Julio de 1932

JUAN BURON

Palacio Episcopal de Arequipa,
a 10 de Julio de 1934.

IMPRIMASE:

Fr. MARIANO,
Obispo de Arequipa

ALARCON,
Secret.

Fe de Erratas

	DICE	DEBE DECIR
pág. 6	euantos	cuantos
,, 8	in	sin
,, 9	desquisiado	desquiciado
,, 9	ma	mar
,, 12	presenta	presentan
,, 15	sólo	solo
,, 15	del cuerpo	de los cuerpos
,, 15	.	?
,, 19	a	a su
,, 21	credulidad	credibilidad
,, 22	juntamante	juntamente
,, 29	roeda	rodea
,, 30	poseción	posición
,, 30	la siniestra	el siniestro
,, 32	estndia	estudia
,, 32	por	para
,, 33	profunda	profana
,, 38	cojer	acoger
,, 38	actaul	actual
,, 40	diretora	directora
,, 44	bregando	bogando
,, 46	de	y de
,, 39	derecho	derechos
,, 51	iatliano	'italiano

